

sores de Castellón y las pérdidas que habían experimentado y las que podría todavía costarles la toma de la ciudad no estarían compensadas, ni aun por la posesión de la que no era plaza fuerte, ni susceptible de serlo, determinaron levantar el asedio, como lo verificaron en la mañana del 9, dirigiéndose á Nules, á Almenara y Albalate. El 11 llegaron á Burjasot, donde se detuvieron un día y los dos siguientes, que empleó Cabrera en recorrer los pueblos de la huerta de Valencia y en esquilmarlos á su placer, como de antiguo estaba en el hábito de verificarlo. Los días 13 y 14 estacionaron los expedicionarios en Chiva y en Cheste, disfrutando de todo el regalo que les proporcionaba un país rico y hospitalario, y entre cuyos habitantes contaban mas amigos que adversarios.

Casi como en tiempo de paz ó en país amigo pudieron creerse los carlistas en aquellos días en que nadie los hostilizó y en los que merced á la rigurosa disciplina que observaban desde que salieron de Cataluña, eran muy bien recibidos en todas partes, habiendo llegado la cordialidad de que fueron objeto hasta recibir visitas del señorío y de las damas de Valencia, que ya fuese por simpatía ó por simple curiosidad, acudían á los alojamientos ocupados por los oficiales expedicionarios.

Pero si en la huerta de Valencia reinaba tanta mansedumbre, correspondíase á ella por los carlistas con repugnante crueldad y barbarie á muy pocas leguas de distancia. Los nacionales de Burriana, que no tuvieron tiempo de retirarse á Castellón, se refugiaron en la iglesia del pueblo, en la que se defendieron bizarramente. Obligados á rendirse bajo promesa de respetar sus vidas, fueron inhumanamente asesinados los mas de ellos por procedimientos de ferocidad propios de salvajes é indignos de hombres que habían recibido el agua del bautismo.

Desde el día siguiente al en que se dió la batalla de Grá no hubo ningun general encargado de perseguir ni de hacer frente al Pretendiente. El barón de Meer se retiró como hemos visto á Manresa renunciando al propósito de inmediata persecución. Una vez que hubo penetrado don Carlos en el territorio de Aragón correspondía á Oraá volver á tomar la dirección de las operaciones, la que en efecto le fué encomendada por el gobierno, misión honrosa aunque en aquellos días ingrata que el deber militar no permitía declinar al veterano general.

Reconcentrar fuerzas y allegar recursos era la primera atención á que Oraá tenía que proveer, y no perdió un momento en verificarlo. El 3 de julio salía de Zaragoza para Teruel, llevando consigo la division Iriarte que como es sabido procedía del ejército del Norte. Ordenaba al mismo tiempo á Nogueras que sin dilación se le reuniese en Teruel y dispuso que Borso con su division se adelantase á Murviedro.

Basta considerar la distancia á que se hallaban las divisiones destinadas á operar bajo las inmediatas órdenes de Oraá, para que los que tengan un criterio militar, comprendan cuán ventajoso era para don Carlos haber tenido sus fuerzas concentradas desde los primeros días de julio, lo que le ofrecía la posibilidad de haber caído rápidamente sobre una ú otra de las divisiones en marcha. Afortunadamente no dieron los generales carlistas mayores pruebas de prevision que los de la Reina, en cuanto á sacar partido de la situación y movimiento de sus enemigos.

Por efecto de no tener á la mano la fuerza con la que debía operar, tuvo Oraá que formar primero, para tener que modificarlos despues, diferentes planes de campaña. Al cabo y cediendo á la presión que desde Madrid le hacia sentir el gobierno, temeroso de verse visitado por el Pretendiente, vióse compelido Oraá á renunciar á planes menos arriesgados, aceptando la necesidad de marchar en busca del grueso de las fuerzas enemigas y de presentarles la batalla. Pensó poder empuñarla en Burjasot aprovechando la aproximación de Borso que venía de Murviedro, pero los carlistas cambiaron sus posiciones situándose en los pueblos de Cherta y Chiva, lo que determinó á Oraá á dirigirse á Cuarte con las divisiones Nogueras y Sanchez, teniendo colocadas en Manises la division Iriarte y en Aldaga la brigada Borso.

Contraía Oraá una gran responsabilidad tomando inmedia-

tamente una ofensiva resuelta, toda vez que sus fuerzas eran inferiores á las que se proponía afrontar. Ascendían estas á quince batallones y siete escuadrones, cuyo total no excedía de once mil cuatrocientos hombres, á los que don Carlos podía oponer veinte de los primeros y quince de los segundos que juntos componían quince mil infantes y mil doscientos caballos.

Bajo el severo pero paternal mando de Oraá, la disciplina del ejército del centro había sensiblemente mejorado, circunstancia que no dejaba de compensar hasta cierto punto la inferioridad numérica, ventaja que logró acrecentar el veterano caudillo de la Reina, dirigiendo á sus soldados, que lo amaban y tenían en él plena confianza, una sentida orden del día que excitó en sumo grado el entusiasmo del ejército.

La vanguardia confiada á Borso recibió orden de atacar la fuerza enemiga que ocupaba el pueblo de Cheste, siendo seguida muy de cerca por la division Iriarte, ínterin que la de Nogueras quedaba en reserva. Pero estas disposiciones de Oraá no las penetró el enemigo, é ignorólas hasta el punto de ser sorprendida la fuerza que tenía estacionada en Cheste, la que con trabajo y á costa de sensibles pérdidas se replegó sobre Chiva al abrigo de las alturas en que se halla situada la población, en la que estacionaba el resto de la infantería y toda la caballería. Agrandada entonces la línea que formaban las posiciones carlistas, tuvo Oraá que prolongar tambien la suya echando mano de su reserva, con lo que quedaba sumamente expuesto en el caso de que perdiera la acción, temor cuya prevision le obligó á evitar el camino de Valencia de la que distaba tres ó cuatro horas por ser terreno llano, y por consiguiente abierto para la caballería enemiga. Pero la resolución de Oraá y la firmeza de sus soldados superaron tambien esta nueva contrariedad, no habiendo cedido ni por un solo instante á las acometidas del enemigo, obrando como podía esperarse de los que habían formado el firme propósito de no volver la espalda al peligro.

En los momentos de excitación es cuando los caudillos experimentados sacan mayor fruto del ardimiento de sus soldados. La brigada Borso atacó el centro del enemigo con tanto ímpetu y arrojo, que por haberse adelantado demasiado se vió envuelta y tuvo que ser sostenida por el regimiento de Soria, dando lugar á que la division Nogueras completase el franqueo de la derecha carlista. No bastó el éxito de este movimiento para que el enemigo renunciase á disputar una victoria á la que lo convidaba la ventajosa posición de Chiva, colocada en alturas que se prestaban grandemente á la defensa.

La derecha de Oraá era el punto que mayor empeño tenían los carlistas en romper, á fin de neutralizar el avance de la izquierda y el del centro sobre la población, en sosten de cuyo ataque entró en acción la division de Nogueras, cuyo empuje secundado por cargas á la bayoneta, coincidió con un avance general de la izquierda y del centro, que dió por resultado desalojar al enemigo de las alturas de Chiva y de los edificios culminantes que constituían su principal defensa.

Desde aquel momento se pronunciaron los carlistas en retirada que hubiera degenerado en derrota á no haber sido por la decisión con que los jefes y señaladamente Cabrera prodigaron sus personas á efecto de que la retirada se efectuase con orden. Favorecía tambien á los carlistas la naturaleza del terreno cortado y montuoso, lo que juntamente con lo ordenados que iban los batallones no permitió á la caballería de Oraá una decidida persecución. Además la noche se vino encima y el calor de la jornada había sido muy intenso; la tropa no había racionado y fué preciso darle algun descanso, antes de proseguir la marcha á Buñol donde debía pernóctar el ejército.

La batalla de Chiva ocasionó mil y tantas bajas por una y otra parte, contándose en este número trescientos prisioneros hechos á los carlistas.

El general Oraá adquirió en aquel día duraderos títulos al reconocimiento público, del que no fué defraudado, habiéndole sido conferida la cruz laureada de San Fernando y declarado por un decreto de las Cortes, que el ejército, su digno jefe y los milicianos nacionales que tomaron parte en la acción

de Chiva habían merecido bien de la patria. Aquella jornada dió un verdadero triunfo á la causa liberal, sin que pueda, sin embargo, afirmarse que para los carlistas probase haber sido una de aquellas derrotas que deciden de la suerte de una campaña. Superó, no obstante, la de Chiva en resultados á la batalla de Grá, sirviendo de contrapeso á las de Barbastro y de Huesca, acciones en las que sin haber sido derrotadas tuvieron que pronunciarse en retirada las tropas de la Reina. Mas por haber sido, como lo fué la de Chiva, una batalla impuesta por la necesidad á Oraá y haber resultado en una victoria, empezó á marcar el período de decadencia de la expedición de don Carlos.

Demóstrólo así el itinerario seguido por este. Púsose en marcha el 10 para Boleño y Chelva, por cuyos habitantes fué recibido con muestras de ruidoso entusiasmo.

El 17 se dirigió al Villar del Arzobispo y de allí á la Yesa, Torrijos y Manzanaeda. Vagó en los siguientes días por Alventosa, Rubielos de Mora, Mosqueruela y Fortanet. En dichos puntos hizo don Carlos nombramientos militares para Aragón y Valencia, y el 30 de julio entraba la expedición en Cantavieja, donde quiso el Pretendiente que en la solitaria plaza fuerte, única que poseía fuera del territorio de las provincias Vascongadas, se tuviese un solemne besamanos rodeado de todo el ceremonial que permitían las excepcionales circunstancias en que se celebraba. Del 1.º al 6 de agosto el cuartel real con los batallones navarros y aragoneses se detuvo en Mirambel, el de don Sebastián en Zurita y la brigada castellana en la Mata.

Desde el día 8 al 23 de julio movióse lentamente el cuerpo expedicionario entre Polo, Aliaga, Ejuive, Muniesa y Villar de los Navarros, donde se hallaba el último de los antedichos días.

Volvieron á verse escasos de subsistencias los carlistas y, para procurárselas, tuvieron que fraccionarse en pequeñas columnas; diseminación que no supo desgraciadamente aprovechar el general Buerens, que con la tercera division del ejército del Norte, reforzada por el segundo regimiento de la Guardia y el provincial de Alava, se hallaba aislado en medio de comarcas dominadas por las facciones, engrosadas por la expedición de don Carlos. Las consecuencias de semejante imprevisión no se hicieron esperar. En el Horcajo, en 1.º de agosto y á propuesta de Cabrera, expidió el Pretendiente órdenes que organizaban el E. M. del ejército carlista del centro, y otras nombrando al brigadier don Camilo Moreno comandante general de Aragón, á Forcadell de Valencia y á Tallada de Murcia. Con la misma fecha creóse la junta superior gubernativa de dichas provincias, para las que fueron nombrados el obispo de Orihuela, el conde de Sanistier, don Joaquín Polo, don Ramon Plana, don Antonio Santa Pau, don Juan Ibañez y don Francisco Sanz; junta cuya misión se reducía á promover el armamento del país, á proveer de subsistencias al ejército y á cuidar de la recaudación y distribución de fondos.

La division Buerens, acantonada en Cariñena, se componía de seis mil hombres escasos, de excelente tropa, pero insuficiente en número para seguir los movimientos de la expedición. Distaba dicho pueblo trece leguas de Zaragoza, circunstancia que permitía recibir sin gran demora órdenes precisas que autorizasen los movimientos y diesen la seguridad del envío de refuerzos, si se quería que Buerens operase activamente.

Pero, ya fuese que tales instrucciones no se recibieran, ó que dicho general hiciese un uso poco cauto de su iniciativa, ello es que salió de Cariñena en busca de la expedición. El objeto de Buerens parece haber sido el de desalojar á don Carlos del pueblo de Herrera, donde esperaba le llegasen los refuerzos que había pedido á Oraá, quien no recibió las comunicaciones de Buerens por haber sido interceptadas por el enemigo.

La lucha en terreno escogido por un enemigo, cuya superioridad numérica era la de uno por tres, no podía ser dudosa. Buerens, á quien pocos podían aventajar en valor, conoció el peligro en que se hallaba cuando no le era ya posible retroceder. Los escogidos jefes que mandaban los cuerpos, Urbina, Solano, Coba, Colmenares, Nogués, Borrego, hicieron prodigi-

giosos cuanto inútiles esfuerzos para salvar la brillante division del ejército del Norte, sacrificada por el deplorable error que la conducía sin reservas y sin retirada probable en medio de todo el ejército enemigo. Reducida al último extremo, la excelente infantería de Buerens forma cuadros para defenderse contra la caballería, sufriendo denodadamente hasta siete cargas.

La inevitable derrota fué completa. Cien jefes y oficiales tuvieron los liberales fuera de combate y hasta dos mil bajas, en su mayoría prisioneros, cuya triste suerte no tardó en encontrar en la prensa lamentable eco, y de cuyo conmovedor cuadro no priváramos á nuestros lectores á no imponernos sobriedad acerca de este y otros interesantísimos episodios de aquella sangrienta lucha, los forzados límites á que nos sujeta la condición de ser continuadores de una historia general de España, y no de la historia particular del agitado y dramático reinado de doña Isabel II.

La orden del día, que reproducimos á continuación, expresa, á la vez que la jactancia del Infante que la suscribe, la confianza que tan inesperado triunfo no podía menos de producir á los expedicionarios.

«Soldados: ufano el enemigo con algunas pretendidas ventajas, debidas únicamente al conocimiento que tenía de vuestra absoluta falta de comunicaciones, se presentó ayer á vuestro frente. Le visteis, y llenos de aquel ardor propio de los valientes, volasteis á su encuentro. Grande fué la satisfacción de vuestro general al descubrir en vuestro denuedo un nuevo día de gloria para las armas del legítimo sucesor de San Fernando.

»El enemigo comenzó su ataque con nuestra derecha, de donde fué repellido por los acertados tiros de la artillería y una brillante carga de caballería, en la que muchos prisioneros cayeron en vuestro poder, preludio cierto de la victoria. Sus fuerzas atacaron entonces nuestro centro, y allí tambien se estrellaron. Un solo esfuerzo les quedaba, acometer nuestra izquierda, como lo hicieron, con ánimo de envolverla. Crítico era el momento; era el que debía decidir la victoria; lo ve vuestro general y vuela á aquella parte como la mas interesante. La victoria se decide. En vano los enemigos quieren defenderse formando cuadros sostenidos por caballería; son hechos dos mil quinientos prisioneros, de ellos cuatrocientos quedan en el campo de batalla en nuestro poder. Cinco mil fusiles, su artillería y gran número de caballos, inmensa cantidad de municiones y pertrechos son los elocuentes testimonios de vuestro arrojo....

»Soldados: un vasto campo se presenta donde coger los laureles... Volemos: vuestro general os acompaña; conduzcamos á nuestro soberano al solio de sus mayores. Soldados: ¡viva Carlos V!

»Cuartel general de Herrera de los Navarros, 25 de agosto de 1837.—Vuestro capitán general en jefe, *El infante don Sebastian.*»

Para conmemorar aquella victoria creó don Carlos una condecoración.

Los desaciertos del gobierno, que tan duramente venían á pesar sobre la nación, en forma de empréstitos, quintas, requisiciones, inseguridad y todo linaje de desasosiegos, reflejaban á la vez de una manera apremiante sobre el ánimo de los atribulados ministros, que soñaban ahora con la aparición de don Carlos á las puertas de Madrid, como meses antes lo había acongojado el temor de ver presentarse á Gomez. En medio de las perplejidades en que se debatían, era una de sus aberraciones la de dictar planes de campaña y dirigir desde el gabinete las operaciones, que eran de la peculiar competencia de los generales. Este prurito de dictar órdenes militares motivó que Oraá, ofendido de una disposición ministerial que sujetaba á la dirección de Espartero los movimientos del capitán general de Aragón, revestido del mando de los distritos de Valencia y Murcia, se creyese en el caso de presentar la dimisión; hecho que, aunque no tuvo consecuencias por el momento, por no haber sido admitida, era síntoma de falta de inteligencia entre los que estaban llamados á cooperar á un mismo fin y, lo que es mas grave aun, de su falta de confianza en el gobierno.

No contento este con haber disgustado á Oraá, empleó la misma táctica de multiplicar consejos y sugerir planes hasta al mismo Espartero. Poniéndose en lugar del general en jefe, los ministros dictaban planes desde su gabinete; expedían órdenes que no podían ejecutarse, al mismo tiempo que descuidaban ó eran inhábiles para lo único en que su iniciativa, su acción podían ser de saludable efecto proveyendo de recursos á los generales que, con el mas ardiente patriotismo, sacrificaban su existencia y su reputación en servicio de la causa pública. Entre otros, tuvo el ministerio el singular pensamiento (suponiendo equivocadamente que la expedición de don Carlos había dejado exhausto de tropas el interior de las provincias Vascongadas) de que las de la Reina invadiesen los territorios contiguos á nuestras líneas, se apoderasen de las cosechas en las eras y trasportasen los granos á puntos seguros, salvo el indemnizar á los dueños despojados. Especie de *vaxzia* á la argelina que envolvía la peregrina recomendación, que no pudo menos de repugnar á Espartero, para quien, no siendo menos extrañas las exigencias ministeriales en lo que era de la competencia del general en jefe, motivó que en 5 de julio dirigiese al gobierno la dimisión de su elevado puesto, alegando por motivo el mal estado de su salud; dimisión que tampoco podía ser aceptada; pues, de haber insistido en ella, el gobierno, hartado débil y gastado ya, hubiera irremisiblemente caído.

Mas como, por desacreditado que se hallase el gabinete Calatrava, al cabo en él residía la representación de la causa nacional y la del principio de libertad, no pudo Espartero desentenderse del grito de angustia que al gobierno arrancó la noticia del desastre de Herrera; angustia hija del temor bastante generalizado de que don Carlos á la cabeza de sus expedicionarios se presentase á las puertas de la capital el día menos pensado.

Sobrecogido por este temor, encareció el gobierno á Espartero, á quien dejamos en Pamplona despues que hubo desalojado á los carlistas de la línea de Hernani y atravesado el corazón del país vascongado, que formase un cuerpo de operaciones, compuesto por lo menos de diez y seis batallones, y lo situase en Calatayud, donde se ofrecía al general que el ejército encontraría en abundancia los recursos y el calzado que tan necesarios le eran; fuerza, la mandada reunir, que estaría en situación de atender á la defensa de Madrid ó de oponerse al enemigo si este pretendía fijarse en Aragon ó en las comarcas de Valencia.

Por grandes que fuesen los deseos del general en jefe de no cercenar la fuerza mandada reunir por el gobierno, solo podía concentrar, para dicho especial servicio, ocho batallones y dos escuadrones de la Guardia, toda vez que era imperioso dejar dotado de suficiente fuerza al general Ceballos Escalera, á quien, quedando confiado el mando del Norte, cumplía atender á la defensa de la línea del Ebro y evitar el peligro de que el ejército carlista quedado en las provincias tuviese la libertad de lanzar expediciones á Asturias ó á Galicia ó de penetrar en Castilla.

Al prepararse para corresponder á los deseos del gobierno, solo exigía Espartero que se le reuniesen las divisiones segregadas del ejército del Norte, con motivo de perseguir á don Carlos, é igualmente deseaba que fuese encaminada de Zaragoza á Logroño la artillería que perteneció á la legión francesa, absolutamente necesaria para el servicio de las fuerzas que permanecían en las provincias vascas y en Navarra.

Emprendido que fué el movimiento que daba principio á las operaciones de Espartero, llegó este á Logroño en 7 de julio; el 9 hizo noche en Antal; el 10 se hallaba en Cervera del río Pisuerga, en Agreda el 11, y el 12 en Ciria. Allí supo que la expedición de don Carlos se había dirigido á Valencia; con cuyo motivo, en vez de ir á Calatayud, marchó á Cetina, dirección que lo aproximaba á Madrid y á la división Buerens, cuya destrucción no se había todavía verificado. Guadalajara era el punto donde pensaba dirigirse Espartero, cuando le llegaron avisos de que Aznar y Llangostera recorrían el campo de Carinena hasta Epila y la ribera del Jalon. Desistió el general entonces de su marcha á Guadalajara, escogiendo por objetivo á Cuenca, punto que lo situaba á equidistancia

de la capital y del territorio en que se hallaba don Carlos, á quien, si no alcanzaba en tierra de Aragon ó de Valencia, se proponía atajar á su paso del Ebro.

La noticia de la batalla de Chiva, recibida por Espartero en Priego, lo indujo á variar de itinerario. Supo que don Carlos tomaba el camino de Cantavieja, lo que le decidió á buscar el paso del Tajo por Poveda, con ánimo de perseguir sin descanso á la expedición.

El 22 se hallaba Espartero en Checa y el 23 en Santa Eulalia. Allí esperaba respuesta de Oraá á las comunicaciones que le había dirigido, á efecto de combinar las operaciones del ejército de Aragon con las del Norte, á fin de dar un golpe decisivo á don Carlos. Mas surgió desgraciadamente entonces una desavenencia ó pique entre los dos generales, motivada por la irregularidad y confusión de las órdenes que les tramitaba el gobierno. Del tenor de estas deducía Oraá que se rebajaba su autoridad y menguaba su prestigio, al paso que, por su parte, creía Espartero hallar falta de cordialidad en un compañero de armas á quien siempre había distinguido. El pasajero desacuerdo entre el general en jefe y el capitán general de Aragon paralizó por algunos días, juntamente con la falta de recursos en que el gobierno tenía á los generales, el curso de las operaciones; pero la buena fe de Oraá depuso toda prevención en vista de las explicaciones que mediaron entre ambos caudillos, habiéndose allanado á dar cumplimiento á las prevenciones que le dirigiese el conde de Luchana.

El siguiente párrafo de una de las comunicaciones dirigidas á este por Oraá confirma la opinión de que sobre el gobierno recaía toda la responsabilidad de aquel desagradable incidente. «Póngase V. E. en mi lugar, decía Oraá, y juzgue si deberé estar lleno de resentimiento contra un gobierno que, sin trasladarme las órdenes que tenía dadas á V. E., hallándome con otras en contrario, sin contestar á la mayor parte de mis comunicaciones y teniendo á este ejército sin recursos de ninguna clase en los momentos mas críticos, como continúa aun hoy, une á esto el mandarme disponer de tropas que no estaban bajo mi dirección ni autoridad, y que por esta razón, segun me insinúa su jefe, dejaron de concurrir á Moya, Requena y Utiel, como las tenía indicado, privándolas de este modo de completar los resultados de la gloriosa batalla de Chiva.»

Pero una nueva situación militar vino á complicar la que ya existía y á exigir en su consecuencia la adopción de nuevas y mas eficaces resoluciones.

Conocido que fué en las provincias vascas que Espartero al frente de los batallones de la Guardia reforzados por otras divisiones, marchaba á Aragon contra la expedición de don Carlos, cuyos triunfos exageraban sus partidarios esperando de ellos el definitivo de su causa, penetráronse los hombres de mayor influjo entre los carlistas, de la importancia que tenía el que ya que no pudiese la expedición ser instantáneamente reforzada por tropas de refresco que se le uniesen, marchase por lo menos una fuerza adecuada á desembarazar á don Carlos, facilitándole sus operaciones.

El iniciador de que se llevase á cabo aquella inspiración que por lo demás fué, como queda dicho, comun á varios de los jefes carlistas, parece que encontró su mas activo y entendido intérprete en un distinguido oficial de muy pronunciados antecedentes realistas y que había además gozado de la privanza del gran Zumalacárregui. Don Juan Antonio Zaratiegui había militado en 1822 con las facciones realistas, á las órdenes de Quesada. En 1823 era capitán del ejército permanente; sirvió despues en la dirección de milicias provinciales y en otros destinos de su carrera, hallándose en Pamplona, en clase de excedente, cuando sobrevino el levantamiento y el suplicio de don Santos Ladrón.

Puesto en contacto en aquellos días con Zumalacárregui todavía de cuartel en Pamplona, juraron ambos sacrificarse para vengar la muerte del caudillo que acababan de perder los realistas de Navarra y juntos salieron furtivamente de Pamplona, Zumalacárregui y Zaratiegui, habiendo comenzado á distinguirse el último por trabajos de organización que pronto lo popularizaron en el naciente ejército. Fallecido que

hubo Zumalacárregui, sirvió Zaratiegui á las inmediatas órdenes de Eraso, y se encontraba de comandante general de Navarra con el rango de brigadier, cuando se presentó á Uranga á quien no tardó en convencer de la urgencia de disponer la salida de una expedición auxiliar.

Aprobada por este último general la idea hábilmente explicada por Zaratiegui, lo designó para el mando de la fuerza que debía penetrar en Castilla, fuerza cuya organización se dispuso con cuidadosa reserva, al mismo tiempo que el brigadier don Joaquin Elio era elegido para segundo jefe de la misma y que el mando de la caballería se confiaba al coronel Ortigosa.

Componíase la división expedicionaria de los batallones 1.º y 7.º de Navarra, 4.º y 7.º de Guipúzcoa, un batallón de Valencia y otro de Castilla, un cuadro de aragoneses y dos escuadrones con trescientos caballos. Iba además con el cuadro un numeroso personal de oficiales en la confianza de que la próspera estrella del carlismo les depararía voluntarios en todas partes.

La que podremos llamar sucursal de la grande expedición de don Carlos hizo su primera etapa el 19 de julio en Salinillas.

Preocupado su jefe todavía mas de la idea de llamar sobre sí la atención que cauto respecto á ensalzar victorias no conseguidas, dió á luz una proclama en la que se suponía que don Carlos, victorioso, arrollaba á los ejércitos de la Reina que huían despavoridos á su aspecto. Dábase enfáticamente el jefe de la expedición por discípulo de Zumalacárregui, y anunciaba á sus soldados que eran los destinados á que las puertas de Madrid se abriesen para su Rey. El día fijado para la salida experimentó la expedición un pequeño contratiempo. Quiso Zaratiegui pasar el Ebro por el sitio llamado las Conchas, pero el encargado de colocar sobre el río un puente de campaña no dió la operación terminada como lo había ofrecido en la noche precedente al día fijado para la marcha, y descubierta la presencia de los expedicionarios por las tropas de la Reina, trabóse una acción comenzada por las guerrillas, hasta que atraído por el fuego el vizconde Das Antas con la división portuguesa, empeñóse una reñida pelea, en la que si bien quedó alto el concepto militar de nuestros aliados, tuvo Zaratiegui la astucia de tener fuera de la vista de Das Antas mas de la mitad de su propia fuerza, circunstancia que animó al portugués á avanzar, sin haber sospechado que podía ser envuelto, y cuando efectivamente lo fué y tuvo que retroceder, lo verificó ordenadamente, pero no sin experimentar pérdidas que valieron á sus contrarios, dueños ya del campo, despojos consistentes en armas y en caballos. Hasta Armiñon siguió Zaratiegui á Das Antas. La jornada costó trescientas bajas á ambos contendientes, restituyéndose los carlistas á Zambrana, de donde habían salido. La necesidad de racionar la expedición para algunos días antes de internarse en Castilla, detuvo á Zaratiegui hasta el 23, en cuya noche logró hacer pasar el Ebro por el vado de Ireio á sus soldados, ufanos del éxito de su encuentro con los portugueses, y esperanzados en nuevos y mas brillantes triunfos. No iba la expedición muy sobrando de municiones, ni de la caja militar recibieron socorro alguno los oficiales ni la tropa.

En refuerzo de la división que conducía Zaratiegui determinó Uranga que Goñi, al frente de dos batallones vizcaínos y de dos cuadros castellanos, saliese en dirección á la provincia de Burgos, como en efecto lo verificó dicho jefe, llegando antes que Zaratiegui á Pradoluengo, punto que le había sido designado.

Llevaba el jefe de dicha segunda expedición encargo de entenderse con la junta de Burgos, de cuyos principales individuos, fray Miguel Huerta y el P. Leiva, que pasaban por ser sujetos de grande influjo, hizo esperar Uranga á Zaratiegui obtendría elementos de importancia, señaladamente en dinero. Pero muy luego pudo cerciorarse el último de que semejante expectativa la vería reducida á tener que sufragar los dispendios de la expedición con los arbitrios que por sí mismo pudo agenciar.

Verificada su union con Goñi, hallábase Zaratiegui al frente de cuatro mil quinientos infantes y trescientos caballos. Ha-

bia adquirido noticias de que Mendez Vigo se hallaba hácia Montes de Oca, y que Ceballos Escalera, con siete batallones y bastante caballería, había llegado á Cuzeurruta. Deseó Zaratiegui aprovechar la circunstancia de no hallarse reunidas las fuerzas liberales, y se dirigió al encuentro de Mendez Vigo, al que no habiendo hallado por haberse replegado sobre Burgos, siguió la expedición á Santa Cruz de Guarros, Covarrubia y Retuerta. Fué siempre aspiración de los jefes de expediciones carlistas, extender y fijar el levantamiento de sus adictos en las provincias que invadían. Lo intentó Gomez en Galicia y en Andalucía, y propúsole igualmente Zaratiegui en Castilla, á cuyo efecto se sirvió de los cuadros que le habían acompañado, compuestos en su mayoría de hijos del país, tentativas que sin embargo no tuvieron en último resultado mayor éxito que el que con elementos infinitamente superiores no había logrado el célebre cura Merino.

El 27 se acercó Zaratiegui á Lerma, donde se hallaba Mendez Vigo, al que provocó destacando guerrillas que lo atrajesen; pero el general de la Reina permaneció inmóvil, y el carlista cruzó la carretera de Madrid y continuó su marcha á Gumiel y á Orra.

Alejado Ceballos Escalera que había regresado al Norte, y no temiendo á Mendez Vigo sobre cuya columna creía Zaratiegui tener superioridad, determinó este aproximarse á Madrid ansioso de poner en conflicto al gobierno, obligándolo llamar tropas en su auxilio, favoreciendo así á las operaciones de don Carlos y animando á Uranga á que emprendiese algo serio sobre la línea del Ebro.

Fijo en su idea de operar sobre Madrid, forzó Zaratiegui sus marchas; llegaba el 2 de agosto á Fuentidueña, el siguiente día á Encinillas y el 4 por la mañana daba vistas á Segovia.

No contaba la ciudad para su defensa con otras fuerzas que su batallón de nacionales, con doscientos cincuenta soldados del ejército y una compañía de artillería, afecta al servicio de siete piezas, de la dotación del colegio militar, compuesto entonces de mas de doscientos cadetes.

No habiendo producido efecto una intimación hecha por Zaratiegui á las autoridades y resuelto á penetrar en la ciudad, distribuyó sus tropas como juzgó mas conducente á intimidar al vecindario, y á fin de no dejar tiempo para que la defensa se organizara, resolvió principiar el ataque disponiendo al efecto que Iturbe, al frente de una columna, atacase el arrabal, al mismo tiempo que otra fuerza al mando del coronel Noboa flanqueaba el alcázar y que otra tercera columna se apoderase de la casa de la moneda, desde donde podía hostilizar de frente la fortaleza.

Antes que los carlistas resolviesen romper el fuego, hicieron los liberales uso de sus cañones contra la columna de Iturbe y la demás fuerza, cruzándose y generalizándose el fuego de fusilería de una y de otra parte. Tres horas había que este duraba cuando los carlistas asaltaron los muros de la ciudad con escalas, y penetrado que hubieron en las calles, trabóse en ellas á la vez lucha y confusión, pues ínterin los mas bravos de entre los nacionales cambiaban tiros con los carlistas, multitud de gentes de entre los mas acaudalados de la población acudían á buscar albergue en el alcázar para sus personas y pertenencias de mas valor.

Siendo la entrada de la ciudad por las escalas que habían servido para asaltarla demasiado lenta, los primeros que pusieron pié en el interior franquearon las puertas á los que todavía no habían penetrado en Segovia, y precipitándose por las calles gran número de carlistas tomaron pretexto de la resistencia que habían hallado y de los pocos tiros que se cruzaron para entregarse al saqueo como en plaza tomada por asalto.

Contóvose, sin embargo, el latrocinio á la entrada de los batallones navarros, á los que, como mas disciplinados, comedió Zaratiegui la policía y el sosiego de la conquistada ciudad.

Una vez dentro de Segovia, Zaratiegui, cuyo encomiástico estilo han tenido ocasion de apreciar los lectores, se apresuró á dirigir la palabra al público en los siguientes términos:

«Castellanos: al salir de Navarra con la grandiosa y heróica misión de pacificar la fiel Castilla y librarla de tanta opresión y de tanta tiranía, causada por la libertad tan decantada de